



Calidad

La palabra *calidad* resume la excelencia de las cosas y de los seres, y su sentido profundo sólo afecta a determinados espíritus. Encierra en sí todo lo que de bello y de útil nos puede dar la vida; y es un signo de aristocracia moral y mental y una de las más sonrientes expresiones de la bondad de la Naturaleza.

La inmensa mayoría de las gentes ignora lo que hay dentro de esas siete letras ligadas por un oculto misterio. El pensamiento de las multitudes no abarca sino el estrecho espacio que las rodea y es incapaz de sondear en el corazón humano. Sus ideas y sentires, producto en gran parte de su ignorancia, no pueden ampliarse en el goce de lo que constituye superioridad o *calidad*.

La virtud, la belleza, el talento, son calidades dentro de las que caben otras calidades. Entre dos acciones generosas que ejecutamos, una de ellas tiene más valer; entre dos lindas mujeres una supera a la otra; entre dos cerebros singulares hay diferencias en las formas de creación y de expresión.

La *calidad* es, verdaderamente, un resumen, una quintaesencia, una virtud suprema. Una persona, una cosa de calidad, es algo de un valor inestimable, algo raro y hermoso que nada tiene que ver con la común miseria. Un hombre o una mujer de noble carácter, de corazón magnánimo y vigorosa inteligencia, es un *caso aislado* entre las muchedumbres egoístas. Un juez incorruptible entre la manada de jueces venales; un poeta entre millares

de majaderos que estropean la lira; un valiente surgiendo de los vulgares grupos de fanfarrones; un minúsculo pomo de sutil aroma mezclado con los frascos de perfumes baratos; una camelia en un cesto de geranios; un caballo árabe confundido en el hatajo de potros de nuestros campos, etc., etc., son ejemplos precisos de *calidad*, números excepcionales en el vasto problema de la vida.

Para nosotros la calidad de las cosas encierra la intensa gracia y la ilusión y el valor de la existencia.

Prefiramos siempre un minuto de amor a un lustro de normal vivir; un verso, una línea armónica y profunda, a un libro de poemas mediocres; un solo acto de un hombre de carácter a los mil episodios comunes de algún señor de fama municipal; y el fragmento angélico de una melodía de Beethoven a todos los valeses y two-steps escritos y por escribir para delicia de los mozalbetes de los salones.

FROYLÁN TURCIOS.



Aniversario

Bajo la ardiente bóveda nocturna
y al repasar la frecuentada senda,
diálogo en la arboleda taciturna
con tu pálida sombra de leyenda.

Te miro como entonces, y me agravia
la risa de tus labios abrilenos.
Tu voz me dice, en los augurios sabia:
«Vigila en el umbral de tus ensueños...»

Cómo sangró mi corazón desnudo
bajo el oblicuo sol de tu mirada...
¡Oh tarde de noviembre, cierzo rudo,
frígido como el hierro de una espada!

Cuando la esfinge interrogar quisimos
miré en tu faz palidecer las rosas,
y al fondo de una cripta descendimos
mudos, y con las manos temblorosas...

Allí fué el beso iniciador... Procura
de aquella voz que transfigura y pasma
recordar el misterio en su clausura
¡y vuelve a mi jardín como un fantasma!

VÍCTOR M. LONDOÑO,

Elegía de las sombras

(A la memoria de Rubén Darío)

Puedes, oh poeta, lanzar tu canción
a las infinitas sombras. Tu canción
pagana y cristiana. Tu eterna canción.
Somos almas... Somos almas predispuestas
a la luminosa música inaudita,
porque presentimos las altas orquestas
dentro de la sombra infinita.
Dentro de la luz infinita se nombra
tu nombre, y el cetro que asumes
es como un cambiante de prisma en la sombra,
es como una espiga de reconcentrados perfumes.
Y tú ves que pasan tus cisnes, aquellos
hieráticos cisnes de ingenuas blancuras,
y enarcan sus cuellos
hacia las verdades futuras....
Tú piensas.... Yo he visto
que tu pensamiento chispeaba, y tu idea
iba prosiguiendo las huellas de Cristo
hasta el más lejano rincón de Judea.....
Y ante tu palabra de tonos ambiguos,
—como cuando afirmas al par que interrogas—
iba descubriendo secretos antiguos
la liturgia hebraica de las sinagogas.
Y luego seguías... seguías... seguías
hacia unas remotas montañas
donde germinaban griegas teogonías
junto a Pan que hacía piruetas extrañas...
Todo bajo el ópalo de luz de la luna....
Luz de la otra vida, tan blanca... tan blanca....!
Tú la amaste mucho.... ¡Tan luna
como era tu alma... tan blanca.....!
¡Tan cisne tu verso..... tan puro.....!
Tan preclaros eran sus áureos cortejos
que estereotipaban la luz del futuro
en los interiores espejos.....
Dicen que estás muerto, Poeta; no es cierto,
porque te sentimos vibrando en la sombra.
Dicen que estás muerto,
pero te estremeces cuando se te nombra....!
Vuelas..... Ya eres óvalo de gasa de luna;
vibración de finas cuerdas estelares....
Ya bajas, en raudos pegasos de luna,
hasta los atlántidos fondos de los mares.
¿Qué hallaste en lo eterno, Maestro? ¿Qué advierte

tu psiquis en la sideral trayectoria,
desde la absoluta verdad de la Muerte
hasta la mentira lustral de la Gloria?
No puedes decirlo, pero te revistes
de átomos que en mirtos la gloria trasuntan . . .
¿Qué hallaste, Maestro? Nuestras almas tristes
son cuellos de cisnes que te preguntan.....
Tú sabes, Poeta, puesto que presides
esta misa blanca, cómo estamos todos
exprimiendo el zumo que hay en nuestras vides
hasta que de ensueños quedemos beodos.....
Que si en esa ebria locura, que arranca
cuanto en el espíritu ni encanta ni alegra,
en vez de oficiantes de la Misa Blanca
fuéramos acólitos de la Misa Negra
Algo ha descendido . . . sopla un aire denso
sobre las augustas lirás desoladas
Hay como remotos perfumes de incienso
Las estrellas tiemblan como alucinadas.....
¿Tú no sientes nada? ¿Tú no adviertes nada?
¿Tú no ves que un pájaro negro se aproxima?
¿Tú no ves tu augusta lira desolada?
¿Tú no ves tu estrella como alucinada?
¿Tú no ves que hay algo de horror en la cima?
Sé que sientes todo, que todo lo advierte
tu alma, en los suspensos éteres perdida,
donde, eterno, el índice brusco de la muerte
impone silencio a la vida
Mira cómo chocan espadas . . . Observa
cómo la Celosa recoge su fruto,
mientras humillada solloza Minerva
vestida de luto..... !
Todo se ha olvidado. Apenas un brotè
de luz nos revela, piadoso, el sendero....
Dentro del romántico arnés de Quijote
con risa de burla ríe su escudero
Tú, que has comenzado la vida en esencia,
y eres una esencia de vida preclara,
mira cual venimos a hacer penitencia
ante la indulgente penumbra del Ara
Hemos de ser buenos. Ser buenos
es ir por la vida sembrando optimismos,
regando terrenos ajenos
y poniendo puentes sobre los abismos
Hemos de ser almas humildes. Sabemos
que humildad es dicha, y amor es fortuna.
Son en nuestras manos sagrados los remos,
cual si nuestra nave, a más de ser nave, también fuese cuna.
Ya que estás presente, que desde remotos

lugares ignotos has venido a vernos,
toma los devotos exvotos
que hemos colocado sobre tus altares eternos.
Ya tú nos dirás en el viento,
prendiendo en su onda tu astral melodía,
cómo te ha llegado nuestro pensamiento,
a través de tanta fantasmagoría....
Ya tú nos dirás en el trino
de las ruiseñores que encantan las selvas,
si nuestros espíritus siguen el camino
por donde esperamos que vuelvas....
Nos encontraremos.... Lanzo mi canción
a las infinitas sombras. Tu canción
la espere amorosa.
¡Se ha abierto la rosa
de mi corazón....!

AGUSTÍN ACOSTA.



El recuerdo fúnebre

Todavía hoy, el recuerdo de la muerta es para mí de una tristeza depravada y sutil; me araña el corazón como un gato tísico de ojos lucientes. El corazón sangra y se retuerce, y dentro de mí ríe el diablo, que sabe convertir todos los dolores en placer. El gato tísico de los ojos lucientes araña sobre el sepulcro de mis amores y toca el salterio en las costillas del esqueleto. Es un músico rabioso que toca un alegre desesperado. Mis recuerdos, glorias del alma perdidas, sin el acompañamiento de esa música lívida y ardiente, triste y cruel, a cuyo extraño son danza el fantasma lloroso de mis amores. ¡Pobre y blanco fantasma, los gusanos se han comido los ojos, y las lágrimas ruedan de las cuencas! ¡Danza en medio del corro juvenil de los recuerdos, no posa en el suelo, flota en una onda de perfume! ¡Aquella esencia que Concha vertía en sus cabellos y que la sobrevive!

¡Pobre Concha! No podía dejar de su paso por el mundo más que una estela de aromas, algo que recordase sus elegancias mundanas y nuestros amores. ¿Pero acaso la más blanca y casta de las amantes ha sido nunca otra cosa que un pomo de divino esmalte, lleno de afroditas y nupciales esencias?

RAMÓN DEL VALLE-INCLAN.

La mano de la Dolorosa

¡Melancolía la de este instante! Si hay azul en el cielo, si hay sol que canta la sinfonía del oro, y verdor que humedece la sed de las bocas, y vida que va y viene y que ondula y canta sobre las calles empavesadas, también flota por dentro, en más de una alma que pueda exaltar un recuerdo o romantizar un pasado, una necesidad de ser el de antes y desandar la vida.

¿El de antes? ¡Ah! ¿Y quién no siente el afán de vivir lo que fué? Todos llevamos, bajo el cerebro a quien enfermó la lectura, dentro del corazón a quien complicó el dolor, una fuerza que nos echa hacia atrás, y que nos quita de los ojos la visión del presente que vamos viviendo. . . . Cerebraciones oscuras, psicologías enfermas, infierno mental de los libros, todo, todo se desvanece, todo cede a la onda que nos llega de lejos y que nos refresca con unciones lustrales, rejuveneciéndonos en la magia de la distancia. . . .

Hoy se me aclara el ayer al resplandor del oro de las custodias oficiantes, o al ensalmo quizá de esta mañana que tiembla enredada en el jardín. En mi torre interior, una ventana, una sola ventana tengo abierta que da al paisaje de la vida vivida bajo la latitud del ensueño. Allí aparece esta credulidad mística que me hace falta, esta fe que pasea procesionalmente la multitud, con sus santos llevados en andas y sus músicas pausadas y tristes como los pasos de un herido.

Yo amé, con un amor azulado de alturas, la mano de una Dolorosa, donde irradiaba una amatista. Bajo la bóveda románica de la catedral, toda pálida dentro su nicho de cristales, aquella mano era un signo de celestes dulzuras sobre la tierra, una cosa llena de alas sobre la aridez del mundo. Cuando mis ojos se posaban en esos dedos, siempre sentían un magnetismo de agonías, una secreta atracción hacia la palma cóncava y helada. . . . Así, y sólo así, desmadejaba el minuto y tejía lentamente el milagro musical de las horas . . .

La mano de la Virgen fué otra nave de iglesia para mi espíritu; otro amparo de azucenas tendido sobre mi vida. Llegué a ser algo así como un devoto sentimental. En las grandes liturgias, la respiración potente del órgano, el gran coro de los cantos glorificantes, el tremolar de los linos sagra-

dos, el corazón de las rosas rodando sobre los átomos del aire, me hacían estremecer, y avariciar en mis pupilas, más, cada vez más, la mano idealizada desde la penumbra. Pero también fueron míos los días oscuros; mío el dolor de haberla visto, tocada una vez, por manos irreverentes que cambiaban la túnica de luto...

ROBERTO BARRIOS.



El fumadero de opio

(Versión de Carlos Docteur)

La segunda sala, maravillosamente tapizada, amueblada, decorada, según el gusto chino, no ofrecía suelo en donde pisar, pues todos los talami desaparecían bajo un espléndido montón de terciopelos, de brocados de paños de plata y de paños de oro. Y la sala entera constituía, en realidad, un diván, un lecho de descanso, inmenso, digno de un príncipe.

Las cuatro paredes estaban colgadas de raso amarillo, y enteramente bordadas, del techo al suelo, de largas sentencias filosóficas escritas verticalmente en caracteres negros. De las vigüetas colgaban nueve faroles morados, esparciendo una claridad de ventanal de iglesia. En el ángulo norte, un Budha de bronce, de mayor tamaño que un hombre, sonreía entre varitas de perfume, por encima de un deslumbrador ataúd cuajado de metales preciosos y de pedrería. Tres veladores, de ébano, de marfil y de laca encarnada, sostenían un pebetero, un jarro para vino caliente y un prodigioso tigre de loza antigua. Y, en el centro de las sederías que cubrían el piso, un zócalo de plata cincelada, colocado sobre una bandeja de nácar, alzaba una lámpara para opio, cuya llama, velada por mariposas y moscas de esmalte verde, centelleaba como una esmeralda. Las pipas, las agujas, los hogares, las cajas de asta y de porcelana, estaban colocados alrededor. Y el olor de la droga sagrada reinaba en todas partes soberana.

CLAUDE FARRERE.

El trovador

(Versión de Santiago Pérez Triana)

¿Qué acento fuera del portal resuena?
¿Qué rumor de la fuente el aire agita?
Dejad que el canto que el espacio llena
en la real estancia se repita.
A la voz de su rey que así lo ordena,
el paje a obedecer se precipita,
y cuando vuelve, dice el soberano:
—Haced entrar al trovador anciano.

—¡Salud, hidalgos y gentiles hombres!
¡Salud, señoras de belleza rara!
De tanta estrella ¿quién sabrá los nombres?
¿Quién se atreve a mirarlas cara a cara?
Humilde corazón, no aquí te asombres
ante esplendor y pompa tan preclara,
y ciérrense mis ojos, que para ellos
no han de ser espectáculos tan bellos.

Cierra los ojos, y del arpa brota,
bajo su mano, excelsa melodía,
que con el canto confundida flota
en raudal de purísima armonía.
A las damas conmueve cada nota
y a los nobles enciende en valentía,
y el rey, al trovador, de su tesoro
en premio ofrece una cadena de oro.

—No me la des a mí. Que esa cadena
sea para tus bravos caballeros,
a cuya sola faz, de arrojo llena,
del enemigo tiemblan los aceros.
Para tu canciller, cuya faena
es la defensa de los patrios fueros;
que quien el peso del Estado siente
esta áurea carga con orgullo ostente.

¡Oye! Yo canto como el ave canta,
que en las ramas del árbol cuelga el nido,
es la canción que brota en su garganta
el premio más excelso apetecido.
Mas ya que tu real bondad es tanta,
concede generoso lo que pido:
en pocil de oro, para el rey tallado,
dame a beber del vino más preciado.

Alza el pocal el trovador, y bebe.
¡Oh, sangre de la vid, cuán generosa!
Feliz mansión en la que es cosa leve,
donde tanto valor es poca cosa:
con Dios quedad. Y que él a mí me lleve;
gozad de vuestra suerte venturosa
y agradecedle su favor divino,
como agradece el trovador el vino.

JOHAN WOLFGANG GOETHE.



El esplendor del crepúsculo

La Naturaleza tiene mil medios de manifestar su belleza; pero las manifestaciones más nobles de su potencia de color están en esos crepúsculos que se hunden entre elevadas nubes. Me refiero especialmente al momento anterior a la puesta del sol, cuando su luz se vuelve de color de rosa puro, y decae sobre un cenit poblado de nubes de innumerables formas, de inconcebible delicadeza, láminas y fibras de vapor que, a la luz del día, serían tan puras como la blanca nieve y que dan hermoso fondo a los matices de luz. No hay, pues, límite, para la multitud de colores reunidos ni obstáculos a su intensidad. Todo el cielo, desde el cenit hasta el horizonte, se torna un mar cubierto de color de fuego; cada nube obscura se vuelve oro macizo, cada rizo y cada ola conviértese en inmaculado carmesí fulgente, en púrpura y en escarlata y otros colores para los que no hay palabra en el lenguaje ni ideas en el entendimiento; son cosas que sólo pueden concebirse cuando se ven; y la intensa cavidad azul de los altos cielos se funde por todas partes, mostrándose ya profunda y pura y sombría, hasta confundirse imperceptiblemente en el carmesí y en el oro.

JOHN RUSKIN.

Página bíblica

Fué en la modesta casa de Simón el Leproso,
en Betania la humilde y en muy lejano día . . .
Borró a Betania el tiempo, que vuela silencioso,
pero su nombre queda cual viva poesía.

Jesús amó a Betania y allí con sus amigos
se hallaba; un coro amable tenía rodeado,
mientras Marta servía los dátiles, los higos,
y acaso en limpios vasos un vino perfumado.

Jesús la hora cercana de angustias presentía
y una letal tristeza nublábale la frente,
cuando se abrió la puerta y una mujer, María,
entró como la brisa rumorosa y oliente.

Como brisa del campo que recogió en las lomas
y en los valles floridos matinales fragancias,
así vino. En las manos trajo un pomo de aromas
y al romperlo llenáronse de su olor las estancias.

Ungió con nardo fino los santos pies ligeros
y hosco rumor entonces sonó en la sala: — ¿Cómo
no se vendió ese unguento por trescientos dineros
y se les dió a los pobres todo el valor del pomo?

Y dijo el Justo entonces, dulcísima y serena,
esta palabra: "Pobres tendrá la tierra oscura
y yo me voy; ella hizo conmigo una obra buena,
pues de una vez me ha unguido para la sepultura."

Y dijo más: "Os digo que por el ancho mundo
su acción vivirá siempre con la memoria mía."
Si Marta fué hacendosa, tu corazón fecundo
fue una divina fuente poética, María . . .

Mujer, es claro el símbolo de esta historia de gracia:
más blanca y más hermosa será tu linda mano
si con amor sincero buscas en la desgracia
y unges la frente pálida del abatido hermano.

LUIS TABLANCA.



Canción del siglo galante

Yo muchas veces besé tus mano
y lindas frases vertí en tu oído.
¿No lo recuerdas? Fué en un lejano
Triánón florido.

Yo era un abate madrigalista
y tú una pálida gentil duquesa;
más de un pulido miniaturista
copió tu porte de versallesa.

Yo amé tu breve chapín de raso
mientras bailabas la tarantela
y juntos fuimos en algún paso
de pastorela.

La plazoleta de tamarindos
de nuestras citas guardó el secreto
cuando elogiaba tus ojos lindos
en un soneto.

¡Dulces memorias! Hora encantada
de los nocturnos de primavera
cuando venías, toda empolvada
la cabellera.

Cuando vagaban por los jardines
tiernos idilios, bajo la umbría,
cuando sonaban en lejanía
los violines,

Cuando bogaban con leve vuelo
cisnes de armiño por la laguna,
y por tus ojos me batí en duelo
bajo el romántico claro de luna.

¡Oh flor galante que se deshoja!
A tu garganta blanca y divina
ciñó su fuerte corbata roja
la guillotina.

¡Oh siglo, linos de bagatelas
aristocráticas y pastorales,
frívola música que hizo acuarelas
y madrigales.

Dame en memoria de aquel glorioso
siglo, tu linda mano galana,
como en el giro ceremonioso
de una pavana.

EMILIO CARRERE.

El juicio final

El alma ha abandonado al cuerpo. Un ángel la ha tomado consigo y la ha llevado a un lugar desierto, gris y triste. Una voz ha atravesado la bruma gris que por doquiera se extendía y ha dicho: *¡Júzgate!*

Y delante del alma se ha puesto a correr un río, y el agua no era otra cosa que lágrimas, pero con haber lágrimas nada más, el agua era turbia. Y el ángel ha dicho:—*Mira: esas son las lágrimas que hiciste correr mientras estabas sobre la tierra.* Y el alma ha contestado: *Tienes razón; pero mis lágrimas corren también, mezcladas a esas lágrimas.*

Y tres veces el ángel se ha hecho oír y tres veces el alma ha respondido.

De pronto, el agua se ha tornado límpida como el cristal, y muy profunda. Entonces ha dicho el ángel:—*Son las lágrimas de tu madre.* Y el alma, ocultándose el rostro, ha respondido:—*Hé ahí mi pecado, porque las mías no están mezcladas a ellas.*



La sombra

Ella marcha siempre detrás del hombre y no lo abandona nunca, ni en la noche ni en el día. Frecuentemente el hombre la mira, pero sin verla, de la misma manera como ya no volvemos a ver los árboles que vegetan delante de la casa donde hace tiempo habitamos, y como no se ven los transeúntes en la calle cuando nos absorbe un pensamiento.

Pero la sombra está siempre detrás del hombre, a toda hora, en todo lugar: cuando todavía no es sino un niño de pecho: cuando aprisionando entre sus brazos una mujer amada, busca en sus ojos semi-cerrados el pudor, y lo que es más potente que el pudor, la pasión; cuando mirando la yerba primaveral piensa que quizá la primavera próxima esparcirá la yerba sobre su tumba.

Y, ya sea en el día o por la noche, siempre y por doquiera, esa sombra sigue tras el hombre, más fiel que el deseo de la dicha, fiel como la soledad. Esa sombra es la muerte.

Semblanzas

AQUÉLLA águila hirsuta que dormía
entre un peñasco calcinado y negro
abrió el ala gigante
y con orgullo se lanzó a los vientos.
¡Hembra hermosa y real! El corvo pico
afilado y agudo era de acero,
las garras poderosas, las pupilas
con el fulgor del rayo de los cielos.

En el espacio azul se destacaba
el torneado cuello
de aquella reina que por solio tiene
la callada extensión del firmamento,
y por trono el musgoso
agrió peñón donde retumba el trueno.

Ascendió y ascendió...

Bajo una nube
detúvose un momento,
arrojó sobre el mundo una mirada
profunda de desprecio,
y después, altanera y majestuosa,
como una flecha se perdió a lo lejos....

Entonces tuve envidia
de los ojos soberbios,
de las alas enormes,
de los picos de hierro,
de las plumas salvajes,
de las garras de acero
que se clavan vibrando
sobre el reptil que asecha por el suelo,
y pensé en tí, poeta
de los blancos cabellos,
que al besarlos la musa de la cólera
parecen estandartes a los vientos.
Y pensé en tí, poeta
de los yambos sangrientos,
de las estrofas-gritos,
de los salmos tremendos,
que iban como corceles desbocados
con las crines sedosas a los vientos.

Y....

El águila caudal en el espacio
era ya un punto solitario y negro.

RICARDO NIETO,

El elogio de la tentación

Para Juan de Dios Vanegas.

Fué San Agustín el admirable quien dió este consejo, haciendo de él un lema supremo y triple: *¡Huid de la tentación!*

Pero he aquí que la Tentación también es admirable. Y siendo así, ¿por qué hemos de huir? ¿Por qué hemos de alejarnos de ella?

Ignorantemente pura es la virtud que la desconoce. Almas diáfanas de intacto cristal, al través de las cuales nunca un color sangriento ni violeta se traslució, yo tengo para vosotras una compasiva veneración:—¡Azahares para vuestras virginidades absolutas!

Crezcan lirios efímeros sobre la tumba de la niña de diez años que devolvió a la tierra la materia candorosa y el barro inviolado de deseo. . . . ¡Pero sobre el sepulcro de aquella otra niña de veinte años con quien compartí la tentación por toda una primavera, yo plantaré un rosal eterno! Y así como la tierra de la una está perfecta para los nevados lirios, la tierra adorada de la amada muerta dará las rosas anacreónticas cuyos pétalos se asomaban por sus mejillas vivas, cuando era el tiempo de la divina fiesta que es en las pupilas luz, en los labios humedad de beso, y misterio en el corazón acelerado. . . .

*

¡San Antonio! Visionario. Envidio vuestra voluptuosidad. Vuestras fueron las rondas de las desnudas evocaciones, cuando imágenes ardientes llegaban a danzar a vuestro retiro.

San Antonio es el símbolo. Gozaba a un mismo tiempo del Demonio y de Dios. Gozaba del martirio y de la tentación.

Escuchad:

Aquel caballero honrado ha sentido una, dos, tres, diez veces la tentación de asesinar. Me lo ha referido:—Una vez, ante una nuca de amante, sintió la tentación de extrangularla:—*Oyó* crujir las vértebras de aquel torso tantas veces encorvado como un arco al lanzar la flecha; la *oyó* gemir en la agonía; *oyó* que ella le decía:—Fué verdad, pero perdóname, ¡perdóname, no me mates! *Oyó*, en fin, que se desplomaba de un golpe el cuerpo bello. . . . Pero no había sido más que la Tentación. Mien-

tras él oía todo eso, ella sonreía, ignorando la tragedia cuyo primer actor la estaba enlazando con el lazo de sus brazos. ¡Cuántas veces el drama está cerca de nosotros, y nosotros le sonreímos sin saberlo!

Ese mismo caballero honrado, otra vez—me lo ha referido—fué a visitar a un avaro. Este le mostró, en un incomprensible arranque fastuoso, el tesoro bajo tres llaves escondido. Oro en monedas apiladas formando simétricas columnas, como en la arquitectura del templo de Tebas; luego, joyas y piedras de cien minas; diamantes trémulos del Africa, rubíes del Asia, esmeraldas de América, y topacios y aguamarinas, y zafiros y turquesas tocadas como de un sueño celeste. . . . Y el caballero honrado lo iba mirando y admirando todo. Aquella era una riqueza de rajah de las mencionadas en los mil y un cuentos maravillosos. Estaba deslumbrado por tanta luz almacenada: luz de oro rubio, luces de púrpura como las que se cuelan por los vitrales de la catedral por el lado del poniente; luces de estrella de diciembre y de rocíos de abril; luces como miradas de mujer emergían de los diamantes negros, y el caballero lo iba contemplando todo, alucinado, sin desearlo. . . . Mas cuando el otro le mostró la variada colección de ópalos de luz inquietante, el alma trágica del ópalo se le filtró por la sangre, y lo vió todo color de ópalo, y en ese instante preciso fué que se le ocurrió robar al avaro, robarle todo. ¿Con qué matarlo? Fácil era. Allí estaba ese puñal antiguo y fino que perteneció a un bandido y después a un conquistador. El caballero honrado sintió por unos instantes el conjuro penetrante de la Tentación. . . . Y el tesoro volvió a esconderse bajo la trinidad de los cerrojos, y avaro y caballero se despidieron tranquilos, mientras la serpiente de ojos vigilantes que había levantado la cabeza, se enroscaba de nuevo, adormilándose junto a las siete vírgenes puras de desnudos pies, que dentro del alma moran.

*

¡La Tentación! Hermosa es cuando en la conciencia traza la geométrica línea del rayo. Os invito para presenciar el espectáculo interior, cuando su tempestad fugaz paralizar parece la marcha regular del corazón. Respecto a las otras que surgen vagas, imprecisas, incoloras, dejadlas para la vulgar tortura del mediocre.

Porque la Tentación es polvo de esmeril que pule y abrillanta la obscura piedra del destino. Ante ella somos un diamante. No está la gracia en romperse sino en aquilatarse, tal como lo enseñan las piedras preciosas. La Tentación, de fiera que es, de ágil pantera que se nos mete, se torna en nuestra servidora si somos superiores y la sojuzgamos, después de saborear el acre y fuerte sabor de su peligro. Ante ella se sienten voluptuosidades de domador, cuando en la jaula íntima las pupilas verdes del leopardo se ponen a chispear.

He aquí que la Tentación es un agente trágico, una fuerza fatal de las que se agitan en los siete mundos estremecidos del bisabuelo Esquilo; pero el artista, el santo y el fuerte, se dejan acariciar por ella como el metal por la llama; el hierro fundido es el que se abatió; mas el que supo resistir va de la prueba del fuego a señalar derroteros al mundo en la punta de las espadas invictas.

*

Poeta: la Tentación es una mujer. ¡Goza de su emoción con toda sabiduría! ¡Bebe de su cálido vino sin embriagarte! Más bello será luego el poema, si tu espíritu, al través de la Tentación, va, como Alighieri por el Infierno, en un viaje profundo, para tornar después, atesorado de emociones, a formular un nuevo canto con el alma libre y la palabra inquieta.

JUAN RAMÓN AVILÉS.



La última carta

Con la quietud de un síncope furtivo,
desangróse la tarde en la vertiente,
cual si la hiriera repentinamente
un aneurisma determinativo...

Huyó en el bosque un pájaro cautivo
de la fascinación de una serpiente;
y una cabra enigmática, en la fuente
describió como un signo negativo.

En su vuelo espectral de alas hurañas,
la noche se acordó de tus pestañas...
Y en tanto que atiplaban mi vahído

las gracias de un billete perfumado,
ofició la veleta del tejado
el áspero responso de tu olvido.

JULIO HERRERA REISSIG.

Las ondinas

Las olas se quiebran amorosamente en la playa solitaria: brilla la luna y un joven caballero yace recostado sobre la blanca arena; los ensueños de su fantasía llévanle a su placer.

Las bellas ondinas, cubiertas con blancos velos, salen de lo más profundo de las aguas. A paso quedo avanzan hasta el caballero a quien suponen enteramente dormido.

Una riza entre sus dedos curiosos las plumas de su airón; otra examina su tahalí y su porta-espada;

La tercera sonríe y sus ojos centellean: desenvaina la espada, y apoyándose en el luciente acero, contempla embebecida al hermoso doncel.

La cuarta va dando saltos en torno de él—y salmodia muy quedo:—«¡Oh! Quién pudiera ser tu amante, querida flor de caballeros.»

La quinta besa con voluptuoso ardor la mano del caballero; la sexta vacila, pero luego se atreve y llega hasta besar sus labios y sus mejillas.

El caballero no es lerdo: mantiene los ojos cuidadosamente cerrados y se dejã abrazar t-anqui-lamente por las bellas ondinas a la luz de la luna.

ENRIQUE HEINE.



Incertidumbre

En nuestro caique candorosamente cruzábamos el Bósforo divino del Ensueño radioso, frente a frente de la implacable Esfinge del Destino.

Nos entregamos con amor creciente al misterioso azul del peregrino paisaje de aquél mar, y de repente la noche negra a visitarnos vino.

En las tinieblas nos dormimos... ¿Cuándo me abandonaste? - Yo estaba soñando a los acordes del divino Eolo.

¿Te alejaste de veras? ¿O sería un sueño tu partida? Todavía no sé si estás conmigo o si estoy solo....

JULIÁN LOPEZ PINEDA.

Buscar, esperar siempre

CUANDO se espera alguna cosa muy grande, se saca de la belleza del fin el valor para afrontar los obstáculos, si las posibilidades de lograrla disminuyen.

Cuando más lejano está de la realidad el ideal, más apetecible es, y como el deseo mismo es la fuerza suprema, tiene a su servicio el máximo de fuerza, el deseo se acrecienta en proporción. Los bienes de la vida, demasiado vulgares, son tan poca cosa, que comparado a ellos, el ideal concebido debe parecer inmenso; todos nuestros menudos goces se anulan ante el de realizar un pensamiento elevado.

Este pensamiento que no debe ser nada en el dominio de la naturaleza y hasta de la ciencia, puede ser realmente todo con relación a nosotros: es el óbolo del pobre. La acción de investigar la verdad no ofrece nada de condicional, de dudoso, de frágil. Se logra alguna cosa indudablemente, no la verdad misma (¿quién la alcanzará jamás?); pero al menos el espíritu que la hace descubrir.

Cuando uno se detiene en alguna doctrina siempre demasiada estrecha, es una quimera que desaparece en nuestras manos: pero andar siempre, buscar siempre, esperar siempre, esto sólo no es una quimera.

JUAN MARÍA GUYAU.



El organillo

Suena la voz de un piano desvencijado y viejo,
cuya música me habla de la angustia del pan.
Es la melancolía de un vals, un vals añejo...
(En la calle miasmática y fangosa aulla un can).

La tristeza me oprime,
rondador trashumante, melancólico piano,
cuando en la noche lenta tu corazón exprime
con su música amarga tu dolor de gitano.

Tu llanto me recuerda los grises arrabales,
donde, mientras se arrastran las noches invernales,
en los viejos tugurios, madrigueras de vicios,
los canes vagabundos roen los desperdicios,
y en silencio se agotan las Flores de la Anemia,
y su melena loca sacude la Bohemia.

Cuando vibra tu caja, flota un olor extraño
de corrupción. Se sufre de angustia...y el hurraño
poeta taciturno, no sabe en qué consiste
que, cuando se desgrana tu son, se queda triste.

RAMÓN ORTEGA.



El domador

Los cuatro leones retrocedieron ante el domador,
roncando sordamente. Uno de ellos saltó sobre él
con la garra trémula y el ojo purpúreo. Pero hu-
milló la terrible testa al rápido golpe de la vara de
acero.

—¡Qué profunda voluptuosidad sentiréis al bur-
laros de ese modo de la muerte!—le dije.

El hombre trágico sonrió de una manera enig-
mática.

—Sí. Una suprema embriaguez me invade en
el instante del peligro. Es un placer insuperable
que resume todos los goces de la vida. Después de

ese minuto intenso en que me figuro ver mi calavera en las pupilas de los leones, siento un soberano desdén por las muchedumbres que me aplauden. Y me consume un deseo casi doloroso...

—Lo comprendo. El deseo de domar con un látigo a los hombres.

El me miró un segundo con las pupilas fulgurantes.

FROYLÁN TURCIOS.



Una y otra

Tan misteriosa es la vida
como la muerte, poeta.

Esta inmersión del espíritu
en la materia
(o en lo que así llamamos) estos grillos,
esta ceguera;
este gran desfilar de las cosas
y la inconsistencia
de todo lo que amamos;
este adiós sin remedio que nos da cuanto alienta:
¿no son acaso un enigma
y un gran enigma, poeta?

Este rodar de los años,
este arder de las estrellas,
esta ley inexorable del número y el espacio
que al cosmos liga y sujeta,
¿no son más inexplicables
si bien se piensa,
que el persistir de tu yo,
que la simple vida etérea
y sutil de nuestras almas,
su vibración que no cesa,
en los planos invisibles
de la REALIDAD ETERNA?

¡Tan misteriosa es la vida
como la muerte, poeta!

AMADO NERVO.

Hermana Francia

Dulce Francia, hermana única por la muda esperanza que se inclina sobre las ondas de tu Marsella; por la memoria piadosa de Valentina, que fiel a su dolor, quiso sufrir, sin tregua en su corazón, la espina aguda; por los campos donde tu alondra loca abraza lanzando su llamada a la libertad; por los campos donde los pueblos del Mosa se estremecen y donde grita la sangre en los surcos de la tierra; recibe, oh Francia, la gozosa promesa que te brinda de una venganza soberana toda esta carne sangrienta de ahora.

Corta para nosotros con tu viejo acero, una rama de encina de Lorena allá en la colina donde Juana de Arco hace centinela aún; entrelaza con esa tosca rama la verbena que fué sagrada en otros siglos para nuestros abuelos y envíanosla.

¡Oh diosa, que en la frente de nuestros muertos ves grabada la virtud de Roma por el gran pacto latino; tú, Francia, llevas hoy la verbena augural entre la aureola de tus cabellos encendidos!

GABRIEL D'ANNUNZIO.



El visitante

(Versión de R. Pérez de Ayala)

La casa en calma y la llave en la cerradura,
la mesa en que los frutos dulces y el agua pura
de la copa se espejan sobre la talla oscura;
dos caminos que guían—los dos—al horizonte,
la mar que se presente, lejos, detrás del monte,
y todo lo que evoca risa sencilla y clara
de los que no desean nunca cosa más rara
que una fuente azul entre florecidos rosales,
que un racimo en sus vides, que una tarde en sus
(días

con vaguedad alegre y con melancolías,
—una hora en pos de otra, los días siempre iguales.—

Todo esto ha comprendido mi alma, Amor, al ver
tu esperada figura traspasar mis umbrales,
gustar los frutos con tu boca de mujer,
beber el agua límpida, y sentarte y plegar
tu ala divina sobre las losas de mi hogar.

HENRI DE REGNIER.

Granada

Una ciudad española, tendida a la orilla de un gran lago, como una fortaleza antigua; envuelta en ese prestigio secular que la arquitectura del siglo XVI supo dar a sus creaciones. Una ciudad tranquila por un lado, en la quietud de sus plazas y calles, llenas de árboles; y febril en la actividad de sus costumbres, esencialmente castellanas. Granada destaca al viajero una faz señorial y en su austera melancolía sonríe la propia alma de Andalucía, ora en este pequeño jardín, florecido de claveles; esta vez en la guitarra que se deshace en suspiros cabe la reja inmemorial; y siempre en la vigorosa belleza de sus mujeres que atraviesan, terciada la mantilla, los labios muy rojos y los ojos muy negros, como en un lienzo de Sorolla.

Granada tiene un corazón varonil y creyente; y, como buena ciudad latina, tras el toque de clarín que evoca la Patria, sigue el toque de la campana que saluda a Dios. El paisaje granadino es bello, de una belleza maravillosa. Aquel lago donde el Mombacho como en un espejo se arregla la corbata de nubes, con una elegancia de cíclope, ciñe la ciudad, comunicándola algo de su esplendor y del inmenso hálito de majestad que brota de la azul epilepsia de sus aguas, como una revelación soberbia y augusta de la Madre Naturaleza. La sensación que produce el Gran Lago es la de un reverente homenaje, de una oblación heroica y de un poderío hermoso. Contemplándole se percibe ese respeto súbito, mitad éxtasis, mitad poesía, que inspira el picacho más alto de una cordillera o la cauda estrellada de los cometas que cruzan los cielos con una milagrosa belleza de eternidad.

A la puesta del sol, el lago muestra su perspectiva más adorable. El véspero semiobscorece las aguas, con un encanto de medias tintas. Ríela sobre las ondas la vaga luz del crepúsculo, con fugaces desvanecimientos de tapicería. La orilla está llena de paseantes. Cae la tarde en la pompa colorida del paisaje marino, y a lo lejos, la campana de un templo, en el silencio litúrgico de la hora, toca el *ángelus* que se esparce bajo el cielo nebuloso, como una lejana misericordia.

Por la noche la ciudad desfila al teatro y *Versalles* obtiene en esos momentos un rumoroso barullo

de *music-hall*. La luz pone en las cristalerías primores de acuarela y difusiones de amanecer. Y el desfile femenino se inicia hacia la representación. Las granadinas, cuando no son bellas, son gentiles. Son las andaluzas de Nicaragua, y la belleza no es en ellas tenue, sino fastuosa. La hermosura no impera en el perfil con suavidades pálidas, sino con rasgos suntuosos. Aquellos ojos negrísimos donde irradia una luz intensa; aquellos labios frescos y húmedos como una cereza, diminuta la boca como un rubí; el talle erguido como una opulencia vibrante; la arrogancia del busto, hecho para destacarse en un palco de ópera o sobre un mármol de sala; el óvalo del rostro, para colocado en una vitrina, en un modelo gótico; la nariz rectilínea, que del lado oblicuo, pide la medalla galante, y el pie minúsculo, más para la babucha oriental que para el brodequín europeo,—el pie mínimo—que se mueve con cadencias musicales; aquel encanto ágil, firme, fino, y al mismo tiempo triunfal y correcto, que es el encanto que surge del decoro señorial y la dulzura femenina, todo ese sello de aristocracia natural que forman la espiritualidad junto con la distinción, es el mismo que vemos en las páginas españolas de Mauricio Barrés y en las reproducciones de Velásquez, retratista de las damas que exornaban con su gracia, teológica y dulce, la corte de Felipe II.

Cuando el tren arrancó, Granada se desperezaba en las brumas del amanecer, al pie del Mombacho con su atildada silueta de ciudad colonial, dejando en el viajero ese matiz doliente que imprime el recuerdo de las cosas que vimos un día, que amamos un minuto y quien sabe si no tornaremos a mirar más nunca.

EMILIANO HERNÁNDEZ.



Sumarios de ESFINGE

NUMERO 40

El silencio, Tomás Carlyle.—*El cuervo*, Edgar Allan Poe.—*Roma*, Mauricio Maeterlinck.—*La sirena negra*, F. Martínez-Corbalán.—*Capo de espuma*, Juan Ramón Molina.—*Versos sentimentales*, Manuel Gálvez.—*Cruz del Milagro*, José Rodríguez Cerna.—*Rincón de parque*, Francisco A. de Icaza.—*Mictras*, Alvaro Melián Lafaur.—*El alma de las rosas*, A. Mauret Caamaño.—*El apóstrofe de Rogerio*, Proxlán Turcios.—*El poder de la obra de arte*, Roberto Brenes Mesén.—*Canción sin propósito*, Rafael Alberto Arrieta.—*Las tarides de la granja*, Cernello Hispano.—*Los pescadores de sirenas*, Rubén Darío.—*Cosas extrañas*, Rabindranath Tagore.—*El Japón heroico y galante*, Enrique Gómez Carrillo.—*Terribilitos*, José T. Olivares.—*Números de EVANGÉLICAS*, Pedro B. Palacios.—*En el sol, en el mar y en el crepúsculo*, P. Prat Gaballi.—*La muerte*, Juan Ramón Jiménez.—*Sumarios de ESFINGE*.

NUMERO 41 (Extraordinario)

Autores centroamericanos:—*Rubén Darío*, La ballarina de los pies desnudos.—*Juan Ramón Molina*, La intrusa.—*Roberto Brenes Mesén*, Nunca nada.—*Mercotes Latines*, Natural.—*Froplán Turcios*, El rapto de Leonor, Fragmentos de un poema.—*Luis Andrés Zúñiga*, Lo Inanimado.—*Augusto C. Coello*, De la Vida.—*Rafael Arceño Martínez*, Mi vida es un recuerdo.—**Autores extranjeros:**—*Gabriel D'Annunzio*, La copa de Alejandro.—*Mauricio Maeterlinck*, La bondad invisible.—*Eugenio de Castro*, No perpetuemos el dolor, El ermitaño.—*Enrique Ibsen*, El constructor.—*Alfredo Tennyson*, Godiva.—*Federico Nietzsche*, El martillo habla.—*Manuel Guerra-Junqueiro*, Hablan los reos.—*Percy Bishcy Shelley*, Una historia y un poema.—*Paul Verlaine*, Resignación.—*Paul de Saint-Victor*, Apolo.—*Stéphane Mallarmé*, A la tumba de Edgar Poe.—*E. Verhaeren*, El árbol.—*Pierre Louys*, El lugar secreto.—*Theophile Gautier*, Cónsul romano.—*Ramón del Valle-Inclán*, Palacio de Brandeso.—*Juan María Guyau*, Una cruz entre flores.—*Tomás de Quincey*, La Hija del Líbano.—*Jean Lorrain*, Trépoli.—*Charles Guerin*, Les rossignols chantain.—*Aquiles Millien*, Las tres doncellas.—*Ossian*, La muerte de Colgar.—*Sémold Ali*, Constanza.—*Mosco*, Idilio V.—*José Enrique Rutó*, Pruteo.—*Francisco García Calderón*, Tierra de Libertad.—*Julio Herrera Reissig*, Berceuse blanca, El camino de las lágrimas.—*Leopoldo de la Rosa*, El Señor Jesucristo.—*José Santos Chocano*, Medallón.—*Juan Ramón Jiménez*, Iris de la tarde.—*R. Blawo Fombona*, Bolívar y el Chimborazo.—*Juan Zorrilla de San Martín*, La fiesta de los Tabernáculos.—*Antonio Machado*, La última gota.—*Enrique González Martínez*, A la que va conmigo.—*Ricardo León*, Canto a Castilla.—*Andrés Bata*, Optimismo.—*Eduardo Marquina*, Las manos de la Amada.—*Jacinto López*, Anafkl.—*Luis G. Urbino*, Suspiro.—*Agustín Acosta*, Oda a Italia.—*Oscar Tiberto*, Muerte del cisne.—*Ricardo Miró*, Treinta años.—*Manuel Gálvez*, Viajar.

